



INTRODUCCIÓN

Manuel Toharia

Ciudad de las Artes y las Ciencias y Museo de las Ciencias Príncipe Felipe de Valencia

El mar está enfermando; no conocemos del todo bien, ni con suficientes detalles, cuál es el mal que le aqueja porque es obvio que se trata de un síndrome más que de un problema concreto. Incluso viviendo tierra adentro y lejos de cualquier costa hemos acabado por darnos cuenta de que estamos ante un conjunto variado y aparentemente grave de síntomas que aquejan a los mares y océanos del mundo entero. Las noticias al respecto son recurrentes, y están produciendo ya en la ciudadanía, al menos en los países más desarrollados, cierta sensación de alarma que nadie sabe muy bien cómo encauzar.

Es cierto que los medios de comunicación tienden, desde siempre, a destacar más las malas noticias que aquellas que pudieran aportar algún apaciguamiento anímico a unos ciudadanos ya suficientemente agobiados por el día a día de sus respectivas vidas privadas. Pero aun descontando esa especie de anestesia informativa que produce la cansina repetición de los aspectos más desfavorables de la actualidad, es obvio que, por lo que a los mares del mundo respecta, las cosas no parecen ir nada bien.

¿En qué sentido? La pregunta parece obvia, incluso levemente desconfiada. De acuerdo, las cosas parecen ir mal, pero, insistimos, ¿en qué sentido? ¿Cómo es de grave esa enfermedad? Porque no todos los síntomas que detectamos son igual de graves, ¿no?

Y, ya puestos, sin duda los expertos están dando la voz de alerta, pero ¿qué soluciones existen? ¿Hay soluciones acaso? ¿Las conocemos y no las aplicamos por pura ignorancia o, lo que sería peor, por su coste económico?

Así, muy por encima, es muy probable que entre esos síntomas negativos casi todos acabemos aludiendo al plástico y sus famosas grandes 'islas' en medio de los grandes océanos; es posible incluso que haya quien recuerde la cifra, que se mide en millones de toneladas, de residuos plásticos que acaban en el mar cada año. Seguro que muchos aludirían también al petróleo y su transporte y extracción por las autopistas del mar; accidentes como el de la plataforma marina del Golfo de México, los derrames de chapapote en las costas gallegas o bretonas, y tantos otros, que hacen pensar en daños casi infinitos, son casi siempre primera página en los medios de comunicación de casi todo el mundo... Y habrá quienes citen los vertidos químicos y de basuras urbanas que acaban tarde o temprano, y directamente o a través de los ríos, desembocando en el mar, donde contaminan no solo las zonas costeras sino también los fondos oceánicos.

En todas estas noticias negativas y en muchas otras que nos asaltan cada día, siempre aparece un determinado sensacionalismo, a menudo tintado de crítica política, que no todo el mundo percibe como tal. ¿Quizá se dramatiza en exceso la noticia para darle más relevancia a la crítica de las autoridades políticas que no nos gustan? Y, al margen de ese aspecto sin duda real, ¿serán las consecuencias de todos esos problemas tan graves como se nos dice?

Remontándonos a los orígenes, quizá algunos se pregunten por qué seguimos siendo pescadores cuando ya hemos dejado de ser cazadores y recolectores para convertirnos en ganaderos y agricultores. Y eso en apenas unos miles de años... Es obvio que la alimentación del mundo moderno ya no depende de lo que cazamos o de lo que recolectamos en la naturaleza, sino que depende de la actividad ganadera y agrícola. ¿Por qué en la pesca no?

Obtener productos del mar no es fácil; nosotros somos terrícolas, no seres marinos. Y en un barco, por primitivo que sea, hemos de usar artificios que nos ayuden a extraer habitantes de los mares que puedan servirnos de sustento. Lo cual no es obviamente fácil. También podemos hacerlo desde la orilla, pero la cuantía total en este caso es poco significativa. Y queda embarcarse durante mucho tiempo, claro; antes no era fácil, ahora lo es bastante más. Y las grandes potencias del sector disponen de poderosos buques industrializados que pescan, preparan y congelan el pescado de forma masiva y, lástima, esquilmadora. Todo lo cual ha hecho obligatoria una regulación cada vez más estricta a escala tanto local como internacional.

En suma, los mares del mundo entero empiezan a verse afectados por un mal genérico que podríamos llamar 'humanitis'; un neologismo que puede incluir todas las amenazas derivadas directa o indirectamente de la actividad humana.

Pero en el problema mismo podría estar implícita la solución, o al menos la posibilidad de ir mejorando poco a poco una situación que ha venido empeorando en paralelo con nuestra potencia tecnológica y el incremento de nuestra población.

Sin entrar a fondo en todos y cada uno de los problemas que afectan a los mares del planeta, y sus posibles soluciones, a abordar de forma coordinada mediante acuerdos internacionales de obligado cumplimiento, parece obvio que, en algunos casos, tanto el diagnóstico como el tratamiento serán menos problemáticos que en otros.

Puestos a buscarle el lado bueno a las cosas —por qué no, quizá deberíamos considerar que no es cierto, digan lo que digan los noticiarios, que vivamos en el peor de los mundos posibles—, cabe señalar que el mar es enorme. Y que los humanos tendemos a ser solidarios y capaces de autorregularnos; eso sí, con notables y sonoras excepciones.

Que el mar es grande suena de lo más evidente; basta recordar que en conjunto las aguas libres ocupan el 71 % de la superficie total del planeta. Los continentes e islas ocupan, pues, solo el 29 % restante.

Además, el mar es muy profundo. No es una capa superficial de agua, sino que en promedio, su profundidad es de casi cuatro kilómetros, con simas de más de once. ¡Menudo volumen de agua!



La vida nació en el mar, como es sabido. Y hoy alberga todavía en su seno muchísimos más seres vivos, de cualquier tamaño y especie, que los que existen sobre tierra firme.

O sea, puestos a comparar, el caso de la pesca no es exactamente el mismo que el de la caza y la recolección. Lo que no nos exime de mirar con interés creciente esa actividad relativamente reciente que pretende «cultivar» seres vivos del mar; realizada de forma sostenible y controlada por regulaciones estrictas en cuanto al alimento y el engorde de los peces ‘acuicultivados’, como las haya o debería haberlas para el mismo proceso en aves o mamíferos comestibles, la acuicultura parece muy interesante. Y puede convivir perfectamente con la pesca, si esta está controlada de forma que sea una actividad ambientalmente sostenible.

En esencia, frente a las diversas amenazas que se ciernen sobre el conjunto de los mares, explotando unas debilidades que pudieran parecernos inicialmente insólitas, dada su extensión, es obvio que tendremos que valorar al máximo las fortalezas derivadas precisamente de ese tamaño gigantesco. Solo así podremos explotar el sinfín de oportunidades que nos ofrece el mar de cara a un uso tan útil como comprometido con el mantenimiento de su integridad.

De todo ello tratan los diversos autores que hemos seleccionado para abordar aspectos concretos, pero sustanciales, de todas las cuestiones que tienen que ver con nuestro conocimiento, sin duda todavía insuficiente, del mar y sus debilidades, y de los problemas que le amenazan. También querríamos presentar diversos aspectos de las oportunidades que nos brinda el conjunto de la hidrosfera planetaria, de cara a un presente y un futuro más sostenibles que ahora, con el fin de potenciarlas para ir poco a poco buscándole solución a los problemas, y eliminando hasta donde nos sea posible las amenazas.

Las conclusiones que se pueden extraer de los trabajos incluidos en la presente obra son todavía preocupantes, pero también esperanzadoras. Las cosas no van todavía por buen camino, pero comienzan a encauzarse, quizá insuficientemente. Las oportunidades para hacerlo mejor sin perder nada de lo ya conseguido no faltan, ni deben faltar en el futuro. Y debemos conseguir que la sostenibilidad de los mares sea la base de esa sostenibilidad ecológica de la presencia del hombre sobre la Tierra que hasta ahora hemos venido ignorando. Solo así podremos ir remediando los muchos problemas que nosotros mismos nos hemos ido creando.

Porque si en el mar nació y se desarrolló toda la vida que conocemos, conviene recordar, como bien dice Moncho Núñez en su epílogo, que al final del camino siempre está la mar...

Ya lo decía Jorge Manrique: «Nuestras vidas son los ríos que van a dar a la mar, que es el morir».